



# **La biblioteca andante**

**José Luis García Martín**



José Luis García Martín

LA BIBLIOTECA  
ANDANTE



Primera edición: marzo 2025

© José Luis García Martín

© IMPRONTA

Cura Sama, 8, 4.º – 33202 GIJÓN / XIXÓN

[info@improntaeditorial.com](mailto:info@improntaeditorial.com)

[improntaeditorial.com](http://improntaeditorial.com)

Tfno. 985 09 83 42

Diseño, cubierta y compaginación: Marina Lobo

ISBN 979-13-990062-1-6

DL AS 00363-2025

Producción: Gráficas Summa

## LA BIBLIOTECA ANDANTE

**N**ací en una casa sin libros y, tantos años después, no tendría inconveniente en volver a vivir en una casa sin libros. O sin más libros que los tres o cuatro que estoy leyendo en cada momento.

Hubo un tiempo en que envidiaba esas viviendas, como la de Alfonso Reyes, que eran todo biblioteca. Cuando era joven, un poco más joven que ahora quiero decir, soñaba con vivir en un caserón inmenso lleno de libros y no salir de él más que para airearme dando una vuelta por el jardín. Ahora las bibliotecas, las grandes bibliotecas, me gustan solo como un bonito fondo para las fotografías.

¿He perdido interés por la lectura? No, he perdido interés por la acumulación y el coleccionismo. ¿He cambiado yo? No, ha cambiado el mundo.

Soñaba con vivir en una biblioteca, y vivo en ella. Los fondos se acumulan en dispersos depósitos. Algunos se llaman bibliotecas, otros librerías o coloridos mercadillos. Quien pasó hambre en alguna etapa de su vida, toda su vida procurará tener lleno el frigorífico y la despensa. Hambre de libros —y pido disculpas por aludir a mis menesterosos orígenes: no me gusta pre-

sumir— pasé yo durante buena parte de mi vida (exactamente hasta que empecé a trabajar, a los veintiún años), pero no me ha dejado ninguna secuela.

Hago la compra todos los días, al final del día, en el supermercado que me queda de camino a casa desde la cafetería donde transcurre mi última hora de lectura. Y procuro todos los días, incluidos los domingos, traerme algún libro nuevo a casa. A menudo llegan por su cuenta, aunque esos que no selecciono yo, enviados por los autores, amigos o no, o los editores, no siempre son de interés y paran poco en casa, dedicados o no.

Pero no estoy leyendo a todas horas, ni mucho menos, como no estoy todo el día comiendo. Me bastan dos horas por la mañana, en diferentes lugares, y otras dos por la tarde. Para escribir, en cambio, tengo bastante con una hora.

¡Te pasas el día leyendo!, me reprochan a veces. No exactamente, les digo: cuatro horas de veinticuatro. ¡Escribes demasiado! Una hora al día, y a veces me canso antes. Pocas profesiones requieren menor dedicación.

Hay lecturas planificadas y lecturas azarasas. A veces, me obsesiono con un tema y busco todo lo relacionado con él. En ese caso, sí que son de gran ayuda las bibliotecas públicas y las librerías dispersas por el mundo. Lo más frecuente es que me baste con la fruta del día que encuentro en la mesa de novedades de mi

librería habitual, en los estantes de mi librería de viejo preferida o en los puestos dominicales del Fontán.

Para las lecturas hedónicas (el adjetivo es de Borges), que en mi caso son la mayoría, prefiero el papel, recién impreso o con la huella de lectores anteriores. Para las informativas, el ordenador o el teléfono (esa prodigiosa biblioteca portátil que me aclara al instante cualquier duda).

Mis preferencias lectoras han ido cambiando. Antes me interesaba sobre todo la literatura, especialmente la poesía. Ahora la literatura me cansa pronto, incluso o especialmente la gran literatura. No soy de los que releen el *Quijote* todos los veranos o tienen la *Divina comedia* como libro de cabecera. A las obras mayores, prefiero a menudo las obras menores o inconclusas, y no solo de Joyce o Benet. Leí, y admiré e imité, los relatos de Borges, su *Aleph*, su *Inmortal*, su *Biblioteca de Babel*, pero ahora disfruto tanto o más con cualquier nota suya rescatada de una vieja revista e incluso con la chismería que compartió con Bioy Casares.

Leo menos poesía que antes, pero no me ha abandonado la poesía. Mi cabeza está llena de poemas enteros o de versos sueltos, que me acompañan donde quiera que vaya. Y no solo hay versos en ella. Rara es la ciudad, raro es el lugar, que no sirva de ilustración a algún libro que guardo en la memoria.

Cada vez me interesan menos las historiadadas

bibliotecas, salvo como escenarios para alguna intrigante ficción (tipo *El nombre de la rosa*), pero quizá sea solo porque el mundo entero se ha convertido para mí en una biblioteca. Tengo mis rincones favoritos para leer, pero vaya donde vaya no tardo encontrarlos.

En casa es donde menos leo. En realidad, paro poco en casa. O mucho, porque mi casa en realidad la forman todos los lugares en que me encuentro a gusto.

Para ser feliz, me bastan dos o tres cafeterías tranquilas en las que leer los libros que acabo de comprar o charlar con algún amigo, y cuando me siento robinsoniano un rincón apartado del mundo, pero al que se pueda llegar a pie y del que se pueda volver a dormir a casa.

Solo me interesan los libros que son una ventana para mirar el mundo, o una puerta para salir a él, y solo me interesa el mundo si me lleva a algún libro leído o por leer, escrito o por escribir.

Ya no me interesan demasiado las bibliotecas, ya no las frecuento como antes, pero es quizá porque yo mismo me he convertido en una biblioteca y el mundo entero se ha transformado mágicamente para mí en otra.

JLGM

DE ANDAR Y VER



## LUSITANIA EXPRESS

### PUENTE DE TRAJANO

**M**andó construir este puente el emperador Trajano. Yo lo crucé por primera vez un día de invierno muy próximo a la Revolución de los Claveles. Era una mañana de niebla que apenas dejaba entrever a la izquierda, sobre el caserío, la torre del castillo. De pronto, en el silencio, se oyeron los cascos de un caballo y apareció la borrosa silueta de un jinete que, poco después, cruzó por mi lado. El caballo era blanco, el jinete muy pálido y joven. Pensé, como no podía ser de otra manera, en el rey desaparecido en Alcazarquivir.

Hace tiempo que ese caballo y esa ilusión se desvanecieron entre la lejanía, pero siempre que vuelvo a Chaves —que parece guardar ya en su mismo nombre las llaves de un reino mágico— lo recuerdo.

### CAFÉ SPORT

Tener un café al que volver es como tener casa propia en una ciudad. En Chaves tengo el Sport, con su deco-

ración inalterada desde los sesenta, frente a la plaza más bonita de la ciudad, con permiso de la plaza Mayor. Al fondo está la biblioteca pública, a la derecha correos y al otro lado el instituto Fernando de Magallanes. No hay iglesias ni palacios, este no es un lugar de nobles ni de clérigos. Lleva el nombre de un general, pero debería llamarse Plaza de la República porque aquí están los tres pilares que sostienen una república bien ordenada: la comunicación entre las gentes, los libros que hacen soñar y la educación que nos hace humanos. Hay siempre poca clientela en el café Sport, algún solitario, dos o tres grupos que hablan bajito. Pasan los años, pero siempre parece el mismo día, el día en que entré por primera vez. En torno se derrumba el mundo, pero aquí podemos tomarnos un respiro mientras nos tomamos un café con sabor a los buenos días perdidos en un tiempo que no ha existido nunca.

#### FORUM

Mi casa en Aveiro, el lugar al que no dejo de volver cuando paso por allí, donde me encuentro más a gusto, es un centro comercial, Forum, junto al canal por el que discurren los coloridos barcos *moliceiros*. Los centros comerciales son la versión contemporánea del ágora griega o del foro romano. Este *forum* está dise-

## DE PATRIAS Y PATRAÑAS

### UN ALTO EN EL CAMINO

**H**ay muchos cafés Arcadia dispersos por el mundo. El mío estuvo en Coímbra, en la rúa Ferreira Borges, y sigue estando en la Coímbra de mi memoria. Vuelvo a encontrar otro donde menos lo esperaba, en Miranda do Douro, frente a la iglesia de la Misericordia, que tiene una ventana que permitía a los presos —encerrados enfrente— oír misa.

Es pequeño este café Arcadia e incluye una casa de juegos, un rincón en el que se venden boletos para sueños, y un kiosco. Hay un solo cliente sentado en la barra, como en los cuadros de Hopper. Yo me siento en la terraza, frente a la fachada de la iglesia, y recuerdo el lema clásico: «Et in Arcadia ego». Aparece junto a una calavera y se piensa que es la muerte quien habla, ella también está en ese territorio feliz. Pero puede entenderse de otra manera.

También yo estuve en la Arcadia, también yo fui feliz. Y lo sigo siendo como siempre lo he sido: a ratos. «Solo marco las horas claras» decía la leyenda de un

reloj de sol. Ojalá la memoria solo guardara las horas felices.

La mía es una memoria bien educada y por eso, si no olvida los malos ratos, procura relegarlos a un rincón mal iluminado. En primer plano, bien visibles, los momentos de acuerdo con el mundo. Como aquellas tardes del café Arcadia en que yo leía a Camilo Castelo Branco, sufría por un «amor de perdición» y era feliz sin saberlo, o este alto en el camino, cerca ya la desembocadura del río, en que lo soy de nuevo. Y lo sé.

#### EL MEJOR ELOGIO

Adelantando el pecho, con los brazos hacia atrás, preside la hermosa avenida que lleva su nombre en Vila Real. En el alto plinto, luchan dos titanes desnudos y se lee: «A Carvalho Araújo 1881-1918». En la parte posterior aparece un texto entre comillas: «Tengo que confesar que el ataque fue hecho por el cazaminas con un brío y una tenacidad nunca observados en nuestros enemigos y que la valentía con que ese navío se arrojó sobre mi submarino me produjo admiración». Son «palabras del comandante del submarino alemán», según se indica.

Ningún elogio mejor para un héroe que el del enemigo. José Botelho de Carvalho Araújo, el 13 de octubre de 1918, cuando estaba al mando del NRP

Augusto del Castilho (un barco destinado a la pesca del bacalao adaptado a las necesidades de la guerra), recibió la orden de escoltar al navío de transporte de pasajeros San Miguel. Al día siguiente, mientras navegaban entre Funchal y Ponta Delgada, fueron avistados por el submarino alemán U-139, a cuyo frente estaba uno de los mayores héroes de la marina de guerra alemana, Lothar von Arnauld de la Perière. En el combate que siguió, que duró más de dos horas, perdió la vida el comandante Carvalho Araujo, pero el San Miguel pudo escapar y llegar a Ponta Delgada sin daño alguno para sus 206 pasajeros y 54 tripulantes y con sus muchas toneladas de carga intacta. El comandante alemán elogió la bravura de su enemigo. Y ese elogio es el único que figura en este monumento.

#### EN LA OSCURIDAD

El cuento de terror que más miedo me dio era un cuento sin palabras, solo silencio. Nos habíamos reunido cinco amigos en el caserón que los padres de uno de ellos tenían en una aldea cercana a Taramundi, que por entonces estaba lejos de ser la Disneylandia del turismo rural en que se ha convertido. A uno de ellos, Luis Riaño, se le ocurrió que nos reuniéramos por la noche para contar historias de miedo a la luz de unas velas. Encenderíamos una vela menos de los que éra-

mos. Según se iban contando las historias se irían apagando las velas y la última se escucharía en total oscuridad. Era a Luis precisamente a quien, por sorteo, le había correspondido ese honor. Pero cuando se apagó la última vela y quedamos todos a oscuras solo se escuchó el silencio. «Luis, Luis, te toca», dije yo tras unos minutos, o quizá segundos, de espera en los que todos sentimos un escalofrío. «Luis, Luis, ya está bien de bromas», dijeron los demás. Pero Luis seguía sin decir nada. Encendimos la luz. Luis no estaba con nosotros. Le buscamos por toda la casa. Salimos a gritar su nombre fuera (era una noche oscura, como las de los cuentos que habíamos contado, sin luna y sin estrellas). No había teléfono. Solo al día siguiente, cuando bajamos al pueblo, pudimos llamar a su casa. Y nos respondió el propio Luis. «¿Cómo te fuiste sin avisar? Vaya susto que nos has dado. Eso no se hace a los amigos». No sabía de qué hablábamos. En el último momento, le había surgido un imprevisto y no había podido acompañarnos.

#### DEFENSA DEL TABACO

Se queja un amigo de la persecución a los fumadores y yo le leo la mejor defensa del tabaco, escrita precisamente por un médico, Miguel Torga: «Mi interlocutor, que era técnico en salud, al verme encender otro ciga-

## EL MISTERIO DE LA QUINTA

### I

MARTINHO DA ARCADA

**E**n una esquina se encuentra sentado Fernando Pessoa. Su postura es muy semejante a la del famoso cuadro de Almada Negreiros. Una taza de café sobre la mesa, un cigarrillo en una mano, una estilográfica en la otra, una hoja de papel en la que traza unas líneas apresuradas para quedarse después absorto contemplando el humo del cigarrillo. Se acerca un camarero seguido de una dama elegante, el rostro cubierto con un velo.

—Disculpe, señora, pero yo no me dedico a buscar maridos desaparecidos.

—Ya sé, ya sé... Es usted poeta, uno de los grandes. No crea que no le conozco. Soy amiga de una amiga suya. Es ella quien me ha recomendado venir. Es una gran admiradora de usted. «Solo el doctor Quaresma puede resolver tu problema», me ha dicho. «Es nuestro Sherlock Holmes».

—Sherlock Holmes no existe. Es un personaje de ficción, como bien sabrá usted.

—¿Y el doctor Quaresma? ¿Existe o no? ¿Y el ingeniero Álvaro de Campos? ¿Y su maestro, Alberto

Caeiro? Unos dicen que existen y otros que son un invento suyo. Pero mi amiga conoció a Álvaro de Campos. Un mal tipo, me dijo, que se entrometió en la gran amistad que ella tenía con usted.

—Preferiría que no aludiera a esa historia.

—Disculpe. No sé si existe el doctor Quaresma. Mi marido era muy aficionado a sus aventuras y me hizo aficionarme a mí. No nos perdíamos una. El prefería *El caso Vargas*, yo *La carta mágica*.

—El doctor Abilio Quaresma ya murió.

—Sí, en 1930, como cuenta usted en el prefacio a la última de las historias publicadas, titulada precisamente *La desaparición del doctor Gomes*. Parece una premonición. Usted conocía al doctor Quaresma mejor que nadie, como Conan Doyle a Sherlock y por eso aplicó sus métodos a la vida real. Encuentre a mi marido, señor Pessoa y le estaré eternamente agradecida. Se lo contaré todo mañana en mi casa en Sintra. Ahora no puedo quedarme más tiempo. ¿Se ha dado cuenta de cómo nos miran? Venga en el tren de las once cuarenta. Le estarán esperando en la estación.

—Pero señora...

—Mi marido, y ya sé que esto no debería mencionarlo, era miembro de una orden secreta. Sé que estas cosas a usted le interesan. He leído su artículo contra el decreto de Salazar para prohibirlas. Muy valiente.

—Hice lo debido.

—Mi marido salió de casa a una de sus tenidas, creo que las llaman así, en la Quinta da Regaleira y

nunca más volvió. Allí dicen que bajó o subió, no sé bien, a la Torre de la Iniciación y desapareció en una de las galerías subterráneas. La policía afirma que hay constancia de que pasó la frontera por Vilar Formoso y ahora está en España, pero yo no me lo creo. Solo usted, señor Pessoa, cronista del doctor Quaresma, puede resolver este enigma. Hágalo, si no por mí, por esa amiga que tanto le quiere.

—Ofelia, Ofeliña... ¿Es feliz?

—Tanto como puede serlo una mujer enamorada y desdeñada.

2

SINTRA

Fernando Pessoa sube al tren en la estación del Rossio. Durante el breve viaje, mira abstraído por la ventanilla y garabatea unos versos en un sobre usado que saca del bolsillo de la gabardina: «Una mujer me amó o dijo que me amaba, / yo solo amé palabras sin ventura».

En Sintra, no le espera nadie. Tras un momento de desconcierto, echa a andar hacia la Quinta da Regaleira. Nunca había estado en ella, aunque conocía a su dueño, Carvalho Monteiro, a quien en vano habían pedido ayuda durante el naufragio de *Orpheu*.

El gran portón estaba abierto. Antes de entrar en el palacio, quiso dar una vuelta por los inmensos jardines. Durante unos instantes, se creyó perdido en el escenario de alguno de sus sueños. Llegó hasta el Pozo de la

Iniciación, con su columnata y sus escaleras en espiral, como una torre invertida que asciende hasta el centro de la tierra.

Conocía bien todo el simbolismo de aquel lugar. El arquitecto, Luigi Manini, parecía haberse inspirado en los versos esotéricos que él escribía. Comenzó a descender la escalinata que llevaba al fondo del pozo, o a lo alto de la torre. Se asomó a la balaustrada y vio, sobre la cruz templaria que dibujaban los mármoles del suelo, un hombre dormido o muerto y sobre su pecho una rosa. Creyó reconocerlo: era Christian Rosenkreuz, el fundador de la orden Rosacruz, a la que él mismo pertenecía.

Se asustó y volvió sobre sus pasos. Se perdió en el bosque, escuchó un cuerno de caza y vio, o creyó ver, una cierva blanca a la que disparaban arqueros montados en caballos blancos. Apareció luego una mujer de espaldas, vestida de rojo, que le hizo un gesto sin volverse. La siguió hasta el palacio. Antes de entrar en él, al cruzar un arco, desapareció.

Volvió presuroso hasta la estación donde un tren estaba a punto de salir para Lisboa Nada más sentarse en el vagón, garabateó unos versos y luego se quedó dormido: «Soñé que estaba despierto / y que alguien me miraba / escondido entre las sombras / de la frondosa enramada. / —¿Eres Dios o el diablo eres? / ¿Por qué no me dices nada? / Pasos se oyeron muy cerca, / alguien de mí se alejaba. / En el silencio del bosque, / resonó una carcajada. / —Soy la mujer que te quisó, /

soy la mujer que tú amabas / y la muralla que alzaste /  
para que no te alcanzara, / dulce sombra que camina /  
por una senda muy larga / que a ninguna parte lleva /  
y retrocede si avanza».

El revisor tuvo que despertarle cuando llegaron a Lisboa. Pensó que estaba borracho al verlo salir tambaleante.

3

ANTÓNIO FERRO

Sabía donde encontrarle, mi querido maestro, aquí en el rincón de siempre del Martinho. ¡Si viera cómo echo de menos aquellos tiempos de *Orpheu!* Es nuestro puente hacia la inmortalidad, le oí decir. Y que razón tenía. Yo entonces era muy joven y me limitaba a escuchar. Usted profetizó otro Camoens, un supracamoens que cantaría el resurgir actual de nuestra raza. ¡Es la hora!, querido Pessoa, como usted dijo en un poema. Ha vuelto el rey don Sebastián, ha comenzado el Quinto Imperio.

El doctor Oliveira Salazar ha leído su «Mar portugués» y está entusiasmando. ¡Esos versos son los que el país necesita para recuperar su orgullo y ocupar un lugar principal entre las naciones del mundo! Por eso, asesorado por mí, ha decidido crear un gran premio y otorgárselo a usted y luego publicar su epopeya en miles y miles de ejemplares y regalarla a los niños en las escuelas y traducirla a todas las lenguas del mundo.

Yo le dije, que usted era pobre, como Camoens, que malvivía traduciendo cartas comerciales, que vivía en cuartos de alquiler, que a veces tenía deudas en la librería Bertrand, donde se surtía de lo mejor de la literatura inglesa, y no le revelo ningún secreto de Estado si le digo que al doctor Salazar, que tiene fama de ser tan impasible, se le caían las lágrimas de los ojos. Vengo a verle en su nombre y en el mío.

Ahora, ya sabe, ocupo un alto cargo, dirijo el Secretariado de Propaganda Nacional, pero no puedo olvidar los tiempos en que me sentaba en un rincón de la tertulia y escuchaba deslumbrado sus paradojas. El doctor Salazar sabe que a los pueblos los mueven los poetas y ha descubierto en usted al gran poeta que asombrará al mundo. ¡La gloria de Pessoa, como la de Portugal, se extenderá por el universo!

Hablando de otra cosa, me han contado que vino a verle la esposa del desdichado doctor Pinheiro y que usted fue a Sintra para investigar su desaparición. Conozco bien su capacidad de raciocinio, querido maestro. Sé que lo que el doctor Quaresma ha averiguado se acerca bastante a la verdad. Es cierto que la desaparición de Monteiro se debió a que fue detenido por la policía. En combinación con los republicanos españoles, planeaba un complot para echar abajo nuestro flamante Estado Novo y sumir a Portugal en un caos como el del país vecino. No es cierto que fuera arrojado desde lo alto del Pozo Iniciático para fingir un suicidio. El suicidio fue real. La policía lo llevo allí

para que descubriera los alijos de armas que se guardaban en aquellas galerías. No es cierto que le torturaran. En las prisiones del doctor Salazar se defiende el orden y la familia y no se maltrata a nadie. Fueron los remordimientos los que impulsaron al doctor Pinheiro a lanzarse al vacío. Ya ve que no le oculto nada, querido Pessoa, usted es uno de los nuestros. Lo que cuenta el doctor Quaresma en esa nueva aventura que piensa enviar a una revista inglesa puede hacernos mucho daño. Yo le ruego que me la entregue. Recuerde su lema, el mismo que el de Salazar: «Todo para la nación, nada contra la humanidad». ¿No querrá usted dar argumentos a los enemigos de Portugal? Seguro que no. ¡Ha vuelto don Sebastián, maestro, qué gran futuro nos espera!

## GALDÓS EN ALDEANUEVA

### I

#### GRANDES ESPAÑOLES

Allá por 1910 o 1911, dos jóvenes periodistas —Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa— tuvieron la idea de publicar una serie de libros biográficos sobre «Los grandes españoles». La novedad consistía en que era el propio personaje quien contaba su vida a lo largo de extensas entrevistas.

El primero de los «grandes españoles» fue Galdós, que por entonces encabezaba la conjunción republicano-socialista y era un candidato al Nobel al que se oponía el sector más aguerrido del conservadurismo español, encabezado por los obispos.

El volumen apareció en 1912 y llevaba como lema promocional la siguiente síntesis: «El insigne literato cuenta su vida, enumera sus triunfos, recorre toda su obra literaria, expresa sus ideas políticas y religiosas, se asoma al público contando sus intimidades, hace una síntesis total de su gloriosa existencia».

De su complicada vida sentimental, no dice nada, la resume en dos líneas y media: «Ese es un aspecto de mi vida que no tiene nada de interesante. Nunca sentí necesidad de casarme, ni yo puse empeño en ello».

Cuando Luis Antón del Olmet fue asesinado por Alfonso Vidal y Planas en el teatro en que se representaba una obra escrita por ambos, su biblioteca y sus papeles se dispersaron por diversos chamarileros. Una parte fue comprada por el erudito Federico Carlos Sainz de Robles y acabó en unas cajas en las naves que la editorial Renacimiento tiene en Valencina de la Concepción.

Al proponerle a Abelardo Linares reeditar esta primera biografía, en realidad autobiografía, de Galdós, me pasó esos papeles por si en ellos había algo de interés. Y ciertamente encontré algo de mucho interés, no sé si para todos los lectores, pero sí para mí. En uno de esos viajes en tren por España que Galdós acostumbraba a hacer acompañado de Rubín, su jardinero y mayordomo, había pasado por Aldeanueva del Camino.

2

REENCUENTRO

—Cuando yo escribí *Arapiles* —les cuenta a los periodistas—, no conocía Salamanca y fue don Ventura Ruiz Aguilera, en la biblioteca del Ateneo viejo, quien me dibujó un plano para orientarme. Después he ido muchas veces a Salamanca y he podido comprobar la exactitud de ese plano. Una de las veces quise seguir viaje, en tren como siempre hago, hasta Plasencia, pero al parar en Aldeanueva del Camino

ese nombre despertó en mí no sé qué resonancias y decidí apearme.

Cual no sería mi sorpresa al encontrarme en la estación con un coche que parecía estar a mi espera. «¿Don Benito Pérez Galdós? Suba, por favor, le llevaré al pueblo».

La carretera general atravesaba el pueblo entre árboles que la cubrían con sus ramas. A ella daba la mansión ante la que nos detuvimos, que destacaba entre las casas del pueblo. Un caballero más o menos de mi edad nos esperaba en la puerta. «Qué alegría, don Benito, qué alegría recibirle. ¿Quién nos iba a decir que nos íbamos a encontrar tantos años después? Yo no he entrado en Palacio como ministro, según soñaba con hacer entonces, pero usted ha conquistado toda la gloria a la que aspiraba.»

Mi memoria volvió de un salto a medio siglo atrás, cuando yo era un joven que había llegado de las Canarias a Madrid a estudiar Derecho, pero que prefería estudiar las calles y las gentes. Cierta mañana, ante las puertas del Prado, me sorprendió un muchacho, vestido pobrementemente, que miraba el museo, como otros el escaparate de una pastelería sin atreverse a entrar.

Me hizo gracia su actitud, le saludé y acabamos haciéndonos amigos. Supe que había dejado la escuela a los nueve años, que se había dedicado a cuidar ganado en su pueblo, que acababa de llegar a Madrid trayendo una partida de cerdos cebones. Al acercarse a la ciudad, su compañero, que no era la primera vez que hacía el

viaje, le señaló el palacio real y él pensó: «Despacharé en él de ministro o quedará para pasto de alimañas».

Se llamaba Severiano, era la primera vez que salía de su pueblo, pero estaba tan al tanto como yo de los avatares políticos de aquellos tiempos tan revueltos. Un vecino estaba suscrito a *La Iberia*, el gran periódico de Calvo Asensio, y le iba pasando los números atrasados, que se leía al dedillo. Me habló de la polémica entre Castelar y Carlos Rubio a propósito de la *Fórmula del progreso* de uno y de la *Teoría del progreso* del otro como el más avezado orador del Ateneo.

También me recitó poemas de Fray Luis de León. Trabajaba todo el día y leía la mayor parte de la noche. Algunas veces se quedaba dormido sin apagar el candil y sus padres venían a apagarlo llenos de tristeza por no poder darle estudios. El amo al que ahora servía no tuvo tantos miramientos cuando se enteró de que había tenido el candil encendido durante gran parte de la noche y de la razón de ello: «Tú no estás aquí para leer, sino para hacer lo que te mande», le dijo.

A mí me conmovió su afán de saber y, cuando años después, escribí *El doctor Centeno* tuve muy presente la imagen de aquel porquero con el que traté unos pocos días y del que luego no tuve más noticias.

Le abracé con emoción: «¡Severiano! Ministro no habrás sido ni falta que te hace, pero seguro que ya te has atrevido a entrar en el Prado». «En el Prado y en el Louvre y en la National Gallery, ahora no hay museo ni biblioteca que no me resulte familiar. Entre,

entre don Benito, verá que en la mía no falta ninguno de sus libros. El último lo tengo muy anotado. Coincidimos en que la regeneración de España pasa por la agricultura».

Mi último libro entonces era *El caballero encantado*, que trata de un noble ocioso que, por cosa de brujería, se convierte en un gañán que ha de labrar los campos. «Ya quisiera yo, como su Tarsis convertido en Gil, trabajar cuando empecé por catorce duros por temporada. Yo lo hacía por mucho menos. ¿Sabe cómo empecé de no tener nada a dar trabajo a más de un centenar de jornaleros? Parece cosa de risa, pero comencé, cuando me hice cargo de las pocas tierras de mis padres, reduciendo en una cuarta el ancho de las paredes que tenían nuestros huertecillos para lograr una cuarta más de suelo aprovechable».

Me enseñó la carta que había escrito a don Rafael Gasset, ministro de Fomento. De haberle hecho caso mucho habría mejorado nuestra agricultura. Si yo le hubiera reencontrado antes, habría escrito otra novela con más verdad y menos encantamientos, inspirándome en la vida de aquel joven ambicioso con el que compartí unas cuantas charlas en Madrid y al que luego volví a encontrar en Aldeanueva.

No quería dejarme marchar, quería que pasara unos días con él, pero a mí me esperaban mis cuartillas y no podía quedarme. Me quedé, sin embargo. Comimos aquel día en su jardín, al otro lado de la carretera. Luego me enseñó el pueblo, atravesado por la vía de la

Plata, que alguna vez hizo de frontera entre el reino de Castilla y el reino de León, a uno pertenecía la parte de Arriba y al otro la parte de Abajo. Me llevó a Abadía, a ver lo que quedaba del que fue palacio de los duques de Alba, donde se habían alojado Garcilaso y Lope. Dos días estuve allí y cuando paseábamos por las calles la gente nos miraba con asombro, sin atreverse a acercarse.

### 3

#### RUPTURA

¿Por qué quedó fuera ese capítulo del libro aparecido en 1912? ¿Por qué, cuando Severiano Masides publicó en 1924 *La estela de un campesino*, donde cuenta su vida, no menciona siquiera a Galdós? ¿Qué había pasado entre ellos? Me extrañó también que el coche del agricultor ilustrado estuviera esperándole cuando la decisión de bajar en Aldeanueva fue, al parecer, repentina. Severiano Masides, cuando se encontró con Galdós, ya había dejado atrás sus ideas liberales que le habían llevado a ocupar algún puesto político durante el sexenio revolucionario; ahora era de ideas muy conservadoras, que se irían acentuando hasta aplaudir la dictadura y ser, creo, premiado por ella. Pero conservó su admiración por el escritor y Galdós no tenía inconveniente en ser amigo de gentes de muy diversa ideología, como Pereda. Otra debió ser la causa del deliberado olvido mutuo. Yo la supe casualmente, pero

no estoy autorizado para revelarla. Tiene que ver con los amores del novelista, ya muy machucho, con una novicia y de los que Severiano Masides no sabía nada cuando recibió al novelista. Baroja lo insinúa en sus memorias y da detalles en una de sus cartas, aún inédita y propiedad de un conocido bibliófilo extremeño. La familia de esa monja, o aspirante a monja, era de Aldeanueva del Camino.

## DE ARMARIOS Y ESQUELETOS

I

ALICE MUNRO

**A**lguien dijo en la tertulia que, a partir de ahora, no podría leer a Alice Munro como la leía antes. Y otro respondió con el tópico de que eso era aplicar la teoría de la cancelación, que su obra literaria valía lo mismo ahora que cuando no sabíamos que había sido cómplice de abusos sexuales a su propia hija. «Valdrá lo mismo —pensé yo—, pero pasará mucho tiempo antes de que pueda leer un relato suyo sin que se me atragante». Y a la memoria me vino, aunque no viniera mucho cuento, una anécdota que le oí contar a Marino Gómez Santos, la única vez que coincidí con él en un curso de verano en El Escorial que dirigía Martínez Cachero.

2

GÓMEZ SANTOS

Curioso personaje Marino Gómez Santos. Fue la más brillante promesa periodística en el Madrid de los años cincuenta. Dejó Oviedo con un libro sobre Clarín, que por entonces interesaba muy poco, bajo el

brazo y consiguió que se lo prologara Gregorio Marañón. Se hizo amigo de Baroja y de César González-Ruano. De ambos fue secretario. Comenzó a colaborar en *Pueblo* y sus entrevistas —espléndidas, todavía se leen con gusto— llamaron de inmediato la atención. Luego perdió el rumbo, o eso me parece a mí, y se dedicó a escribir biografías laudatorias de la reina Victoria Eugenia, de Severo Ochoa y de otros personajes «importantes», algunas de ellas por encargo de esos mismos personajes.

Odiaba Oviedo, donde sentía que no le habían tratado demasiado bien, que nunca le apreciaron en todo su valor. Lo que entonces le oí referir de Pérez de Ayala, se le podría aplicar a él mismo. Le dijo el viejo novelista, en aquellos años últimos en los que poco quedaba de su incisivo talento, que no volvería a Oviedo ni aunque las calles estuvieran cubiertas con patacones de oro. Patacones, esa palabra empleó.

Gómez Santos había dejado Oviedo a los veinte años y en muy poco tiempo había triunfado en Madrid. Cuando volvió por primera vez, algunos meses más tarde, lo primero que hizo fue acudir a su tertulia de siempre —de la que era el ambicioso benjamín, con algo de repelente niño Vicente—, esperando ser poco menos que recibido entre aclamaciones. Pero la charla de aquellos vetustos señores discurrió con las malicias y divagaciones de costumbre, sin que se le prestara la menor atención. Solo al final, el erudito local que parecía presidirla se dirigió a él: «Hacía

<i>La biblioteca andante</i> . . . . .	7
--	---

#### DE ANDAR Y VER

Lusitania Express . . . . .	13
El peregrino en su patria . . . . .	22
Senderos de gloria . . . . .	27
Recinto murado . . . . .	34
Cercano oeste . . . . .	41
Un reino maravilloso . . . . .	48
De patrias y patrañas . . . . .	55
Popular y circulante . . . . .	62
A orillas del Escalda . . . . .	69

#### OTROS MUNDOS

El secreto de Sofía . . . . .	79
Crimen perfecto . . . . .	85
El dial del destino . . . . .	91
Incidente en Las Caldas . . . . .	97
París en Infiesto . . . . .	103
Valor y miedo . . . . .	109
España en Palermo . . . . .	115
Un atentado y un duro de plata . . . . .	121
Sirio . . . . .	127

## LOS PAPELES PERDIDOS

El misterio de la Quinta . . . . .	135
Galdós en Aldeanueva . . . . .	142
De armarios y esqueletos . . . . .	149
El caso del poeta asesinado . . . . .	156
La verdad sobre Lorca . . . . .	162
Lo que nunca he contado . . . . .	169
El heroico delator . . . . .	176
Extraños en un tren . . . . .	183